

"LA PALABRA, LUZ PARA LOS PUEBLOS"

Jornada de Domund

- 18 de octubre de 2009 -

Carta pastoral del Cardenal Amigo Vallejo
Arzobispo de Sevilla

La parroquia, casa de la familia cristiana. Este es el objetivo del plan pastoral diocesano que acabamos de iniciar. Los cristianos tienen su casa propia en la parroquia, como escuela de la palabra y de la fe, comunidad que celebra la Eucaristía y los demás sacramentos, lugar privilegiado para el ejercicio de la caridad y espacio adecuado para comprender lo que significa la misión de la Iglesia.

Una parroquia misionera

En el mensaje para el Domund de este año, Benedicto XVI dice que el interés por la acción misionera, allí donde Cristo no es conocido, debe constituir la prioridad en los planes pastorales de nuestras Iglesias

Compromiso "importante y primero", pues el anuncio del Evangelio está en la misma esencia y finalidad de la Iglesia. Nadie puede estar excluido, ni del derecho a recibir la buena noticia de Jesucristo, ni tampoco a ser verdadero anunciador de esa doctrina, conforme a la vocación que cada uno haya recibido del Señor.

Muy lejos de ser una imposición, la Iglesia ofrece lo que tiene, y lo hace con la más recta intención, que no es otra que la de compartir con todos la esperanza que se nos ha dado en el conocimiento de Jesucristo.

Pertenece a una comunidad católica, es decir, universal. No sólo en el sentido de que su presencia debe llegar a todos los rincones del mundo,

sino que cualquier hombre o mujer en la comunidad humana está llamado por Dios a la redención operada por nuestro Señor Jesucristo

Una parroquia que no fuera misionera, quedaría aislada y fuera de esta dimensión universal. Por el contrario, la animación misionera aporta a la parroquia una notable vitalidad en sus acciones pastorales.

La palabra, luz para los pueblos

No nos predicamos a nosotros mismos, decía el apóstol Pablo, sino a Cristo (2Cor 4, 5). Todo aquello que podamos hacer no es sino prestarle la voz, los gestos, el testimonio a Cristo, que es la única palabra y el verdadero testigo fiel.

Si en algo podemos iluminar el camino de nuestros hermanos, no es con nuestra luz, sino con la del mismo Cristo, luz de los pueblos (Lc 2, 32).

Así nos lo ha dicho Benedicto XVI, en el mensaje para el Domund de este año: "Las naciones caminarán a su luz (Ap 21, 24). Objetivo de la misión de la Iglesia es en efecto iluminar con la luz del Evangelio a todos los pueblos en su camino histórico hacia Dios, para que en Él tengan su realización plena y su cumplimiento. Debemos sentir el ansia y la pasión por iluminar a todos los pueblos con la luz de Cristo, que brilla en el rostro de Iglesia, para que todo se reúnan en la única familia humana bajo la paternidad amorosa de Dios".

Cada uno de los cristianos puede decir con todo derecho: en el bautismo he sido elegido para ser misionero, para anunciar la Buena Noticia, la salvación a todos los pueblos.

La verdad y la esperanza

En Cristo han sido elegidos todos los hombres y mujeres del mundo. Con su preciosa sangre han sido redimidos y en su resurrección todos han sido devueltos a la vida. Que no se lo impida la barrera del desconocimiento de Cristo y el no poder acceder al bautismo.

No pensemos tanto en las causas de este desconocimiento, cuanto en el derecho de poder ser contados entre los elegidos. Han sido creados como hijos de Dios y en Dios tienen que vivir, que para esto vino Jesucristo a nosotros, para colmarlos de esperanza. Si nada anteponemos a Cristo, nada podrá apartarnos de su amor para seguir el camino con la luz de su Palabra.

Esta es la verdad y la esperanza que desea llevar la Iglesia a todos los pueblos. Ahora podemos comprender por qué la acción misionera es imprescindible en la tarea evangelizadora de la Iglesia.

Con la verdad, que es Cristo, llega la esperanza, pero también con ella la valoración del hombre como sujeto de un "derecho de esperanza", pues lleva también consigo el reconocimiento de su dignidad como persona, y el poder vivir y disfrutar de la paz, que siempre es consecuencia de la justicia y del amor fraterno.

Servir y ayudar

La Iglesia, consorcio misionera, no tiene más deseo que servir y ayudar a la humanidad. No por altruismo sino por el mandato de Cristo: Id a todos los pueblos (*MT 16, 15*). Una obligación responsable y caritativa: la de compartir con todos los dones que de Dios se han recibido. En este caso, el incomparable regalo de la fe en Jesucristo.

Si los hombres y mujeres necesitan razones para vivir y para esperar y la luz que les libere del vacío existencial que sufren, Cristo tiene la respuesta en la Palabra que puede llegar al corazón de la misma humanidad.

La Iglesia asume el mandado de Cristo. Contempla multitudes en las que hombres y mujeres son difícilmente reconocibles como auténticas personas. La injusticia, el hambre, la ignorancia, la falta de reconocimiento de los más elementales derechos, no sólo desfiguran su cara, sino que deshonoran su misma cualidad personal de individuos y de comunidades sometidas a increíbles vejaciones, que roban su libertad y sus legítimas aspiraciones, no sólo al desarrollo, sino su misma posibilidad de vivir.

En las primeras palabras de la encíclica *Caritas in veritate*, Benedicto XVI nos ofrece la clave del verdadero y completo desarrollo de los individuos y de los pueblos: "La caridad en la verdad, de la que Jesucristo se ha hecho testigo con su vida terrenal y, sobre todo, con su muerte y resurrección, es la principal fuerza impulsora del auténtico desarrollo de cada persona y de toda la humanidad. El amor «caritas» es una fuerza extraordinaria, que mueve a las personas a comprometerse con valentía y generosidad en el campo de la justicia y de la paz. Es una fuerza que tiene su origen en Dios, Amor eterno y Verdad absoluta. Cada uno encuentra su propio bien asumiendo el proyecto que Dios tiene sobre él, para realizarlo plenamente: en efecto, encuentra en dicho proyecto su verdad y, aceptando esta verdad, se hace libre (*cf. Jn 8,22*).

Todos somos misioneros

Responsabilidad de toda la Iglesia es la de salir al mundo con el Evangelio de Cristo, en la mente y en el corazón, tratando de contribuir a esa posible nueva humanidad.

De una manera particular, en nombre de todos, los misioneros y misioneras asumen gozosos la vocación y el envío de la Iglesia. Y lo llevan a cabo de una manera ejemplar y sacrificada, sin poner límite a la entrega en favor de los demás, dando incluso la misma vida, como lo vemos con frecuencia al recibir la noticia de tantas muertes ejemplares de nuestros misioneros y misioneras.

Nada de todo esto debe extrañarnos, pues lo que realizan en su puesto misionero, a la vista de todos, es lo que celebran cada día en el ofrecimiento con Cristo en el altar de la Eucaristía: entregados como víctimas para la salvación de todos.

En tu nombre echaré las redes, le dice Pedro, confiando en la palabra de Cristo. Y la pesca fue abundante (*Lc 5, 5*). En tu nombre, dicen los misioneros y misioneras, iré a tierras donde no te conocen, cuidaré de los pobres y los enfermos, levantaré escuelas y hospitales, les ayudaré a formarse de tal manera que puedan ser los protagonistas de su dignidad y desarrollo. Y si me preguntan por qué lo hago, el testimonio inequívoco de la unión con Cristo, será la mejor y más creíble carta de identidad: somos cristianos y hemos sentido el mandato universal del amor fraterno.

La parroquia, comunidad fraterna

Es el Señor quien nos ha llamado para formar un solo pueblo, para oír la misma palabra de Dios, para celebrar los mismos sacramentos, para practicar la caridad fraterna.

La parroquia es como una señal, como un pequeño ejemplo de la comunidad universal. Vive esa unión con todos, particularmente con los más necesitados. Y comparte la fe y los bienes de este mundo. En realidad, es un intercambio de dones, en el que más beneficio recibe el que más sabe dar y compartir.

Nuestro Evangelio es el Evangelio de la caridad, que nos exige la ayuda que necesitan los hermanos. El Domingo es un día muy apropiado para una

verdadera y eficaz catequesis sobre el saber compartir. Una catequesis solidaria y generosa, que se manifiesta, de forma visible, en la colecta en favor de las misiones que se realiza en todas nuestras iglesias.

Al Señor le pedimos por las misiones, por los misioneros y misioneras, por la pastoral evangelizadora en nuestras parroquias, por las instituciones que se preocupan de la animación misionera, particularmente por las Obras Misionales Pontificias y nuestra eficiente Delegación diocesana.

De una manera particular, nuestro afecto y gratitud a esos más de trescientos misioneros y misioneras, que partieron de nuestra Diócesis, y trabajan ejemplarmente por el reino de Dios en cincuenta y siete países de los cinco continentes.

Con mi bendición, a todos, particularmente a los misioneros y misioneras de nuestra diócesis de Sevilla esparcidos por el mundo, pidiendo al Señor que nos conceda la gracia de tener un auténtico espíritu misionero profundamente convencido de que la palabra de Cristo es la luz para todos los pueblos.

+ *A. Claudio*
Carlos de Vallejo

+ Carlos, Cardenal Amigo Vallejo
Arzobispo de Sevilla